



<p>EDICION DE LUJO.</p> <p>—</p> <p>Dos reales</p> <p>AL RECIBIR EL NÚMERO.</p>	<p>DIRECTORA,</p> <p>LA BARONESA DE WILSON.</p> <p>—</p> <p>EDITORES PROPIETARIOS,</p> <p>J. CASTRO Y COMPAÑÍA.</p>	<p>MADRID</p> <p>EDICION ECONOMICA.</p> <p>—</p> <p>Un real</p> <p>AL RECIBIR EL NÚMERO.</p>
<p>Año I.</p>	<p>Madrid 6 de Diciembre de 1871</p>	<p>Núm 9.º</p>

SUMARIO.

Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—Exposicion nacional de Bellas Artes, por F. Lopez Echegarreta.—A Maria Inmaculada, por la Baronesa de Wilson.—El Libro del corazon, por D. Ramon Ortega y Frias.—Revista de teatros, por el marqués de San Eloy.—Explicacion de los grabados.—Variedades.—Geroglífico.—Advertencia.

REVISTA DE MODAS Y LABORES.

I.

Si la elegancia y la sencillez, si el lujo y la economía, parecen á primera vista polos opuestos, no lo son sin embargo, y como muchas veces hemos indicado, pueden hermanarse perfectamente, aun en esta época en que los bordados hacen costosísimos los trajes.

¿Qué placer no será para una jóven ostentar un riquísimo vestido bordado, ó con soutache, hecho por ella misma? Verdad es que durante algunas semanas tendrá que estar constantemente ocupada, pero al oír elogiar más tarde el elegante dibujo de su traje, sentirá vivísima satisfaccion pensando es obra de la habilidad y de la paciencia.

Por ejemplo, las lindísimas batas de cachemir, que se adornan con soutache formando caprichosos dibujos, los cuales se marcan antes en la tela: el modelo es *Gabriela*, es decir, una especie de sotana semi-ajustada y dos grandes y dobles tablas por detrás.

Una hemos visto, también elegantísima, hecha de cachemir azul, con larguísima cola, y adornado el delanterero y las

mangas con anchas vueltas de terciopelo granate, así como el borde; el ancho pliegue de la espalda figuraba estar sujeto con un lazo de terciopelo con dos largas caídas.

Siempre en busca de novedades que comunicar á nuestras suscriptoras, descubrí dias pasados un modelo recién llegado de Paris, tan nuevo como original; era una especie de rotunda de cachemir azul oscuro, formando un ancho cuello drapado en la espalda, con cintas de faya y adornos de pasamanería; por delante tenia la forma de un paletó cerrado con cordones; anchas mangas completaban el todo, dando á este abrigo la mayor novedad.

Para los abrigos, el color preferido como más distinguido es el negro; pero también los hay lindísimos verde oscuro, bronce y aceituna, sobre todo siendo traje completo.

Sin llamar la atención por lo exagerado de los modelos, debe al mismo tiempo buscar toda señora elegante el medio de que sus abrigos y vestidos salgan de la vulgaridad, escogiendo los que sean completamente nuevos. En Paris, conocemos íntimamente á la duquesita F. de L., cuya verdadera elegancia consiste en ostentar modelos de una originalidad exquisita y de un buen gusto incomparable.

Una bella y jóven extranjera, que desde hace dos ó tres meses habita la corte de España, nos hizo ver tres vestidos que no podemos menos de describir, pues aun cuando son modelos de un precio bastante elevado, sin embargo pueden, como hemos dicho varias veces, adoptarse para telas más modestas, pues el buen efecto depende del corte y de la colocacion de los adornos.

El primero era de terciopelo negro y raso blanco: el corpiño era abierto y dejaba ver un largo chaleco Luis XV, de raso blanco, adornado con encaje de *Valenciennes*; las mangas, de codo, tenían carteras de raso con un rizado de terciopelo,

y vuelos de encaje. La falda tenía larguísima cola, y formaban el puff bandas de terciopelo negro y de raso blanco, cubierto éste último con encaje negro.

Otro precioso vestido era de gro de París, color de flor de romero: la falda estaba adornada con anchas bandas de terciopelo, colocadas diagonalmente y terminadas con un lazo de terciopelo: este vestido formaba túnica Luis XV, como uno de los modelos del núm. 4.º de El FIGURIN.

Un tercer modelo, era de seda, negro, con un volante de cuarenta centímetros de ancho, con anchas y profundas tablas colocadas á distancia, adornado con pasamanería; el corpiño escotado figuraba, con encaje negro y pasamanería, una berta de tres puntas.

Para visita admiramos un lindísimo vestido de raso negro, liso, con falda de cola y túnica corta, borde adornado con pieles, así como el cuello, mangas y forro de éstas; el modelo de la manga era estilo Carlos IX.

Sencilísimo y elegante era un vestido de baile, pues sólo se componía de una falda glase blanco, cubierta por otra de gasa crespon, lisa; el corpiño era de glase blanco, con largas aldetas ondeadas, adornadas con fleco *Tom-Pouce* y bieses de raso. Una graciosa corona de rosas adornaba la cabeza, y confundiéndose con los tirabuzones, caía por la espalda, armonizando con las rosas musgosas, que adornaban un costado de este traje tan sencillo como encantador.

La hermana de la candorosa niña que lo ostentaba, no ménos bella, lucía uno de seda azul celeste y gasa blanca.

Nada decimos de los sombreros, porque hemos presentado en nuestros figurines todos los modelos más elegantes y nuevos.

Los tableados y bieses anchos con cabecillas, hacen lindísimo efecto con los vestidos de lana, con túnica adornada con fleco y un gabancito de paño, bordeado con piel negra ó imitando á marta, con corbatita igual.

El metal oxidado, estilo del siglo XVI, está muy en boga, sean alfileres, sean leontinas y botones.

Antes de terminar nuestro paseo por el campo de la moda, daremos una noticia utilísima para nuestras lectoras.

Hace algunos años, un desconocido cultivador de Inglaterra inventó unos polvos dentífricos, cuyas cualidades especiales prestan una blancura extraordinaria, impiden la cárie y contribuyen á que desaparezca el dolor de los dientes; nosotras hoy podemos ofrecer á nuestras lectoras tan útil descubrimiento, pues estamos esperando una remesa de cajitas, cuyos precios serán bastante módicos, y que tanto este como los de otros artículos de perfumería inglesa, cuyo depósito único será en esta administración, indicaremos en tarifa especial, guiadas sólo del interés de proporcionar á las señoras, todo aquello que pueda serles útil, económico y saludable.

II.

Las muestras de punto tunecino, de flores de estambre y otras labores, están ya concluidas, y tenemos un verdadero surtido para que sirvan de modelo para ejecutar lindísimos objetos, así como el galoncillo, hilo y agujas para el encaje inglés, del que también podemos enviar muestras.

Varias señoras nos han pedido explicaciones del precioso abanico pantalla que describimos en el número 7.º de nuestro periódico, y este número les damos el dibujo, para que con más facilidad puedan ejecutarlo, y el abanico completamente armado.

Otra novedad en labores es el encaje-malla, que imita admirablemente al antiguo y riquísimo *guipur*, y que es de un efecto verdaderamente maravilloso para mangas, cuellos, camisas, chambras, peinadores y pañuelos, empleando para ello el hilo más ó ménos fino, según el objeto á que se destina, teniendo la ventaja de que su ejecución es facilísima.

Se tiende la red sobre un cuadro de alambre; sólo tres mallas componen el ancho del encaje: se festonean, se corta el excedente de red, y se une al rededor unos piquitos de frivolidé ó crochet: el encaje está hecho con modestísimo coste, y de un efecto bellísimo; en nuestros números sucesivos verán muestras de algun dibujo de esta labor, que puede ser ejecutada hasta por una niña.

La tapicería, el crochet y el punto tunecino tienen tan múltiples variaciones, que son labores que deben aprender todas las señoritas, pues con ellas ¡cuántos preciosos obsequios, cuántos cariñosos presentes pueden hacerse!

La Baronesa de Wilson.

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES.

V.

Preciso será, lector, que nos demos alguna más prisa en el exámen de la Exposición nacional de Bellas Artes, y al efecto, escogeremos de entre los muchos cuadros que se han presentado los mejores, empezando por los de D. Alejandro Ferrant y Tischermans, que ha acudido á este certámen con varios lienzos, entre los cuales dos del género histórico: El primer sitio de Zaragoza y Hernán Pérez del Pulgar.

Como su mismo título indica, el asunto del primero está tomado de la guerra de la Independencia.

Cansados los franceses de los infructuosos ataques que habían dirigido contra una ciudad que juzgaron inerte para su defensa, determinaron apoderarse de Santa Engracia, con el objeto de poder invadir el Coso, y al efecto dirigieron sus baterías hácia aquel punto.

Entre tanto, habíase encargado de la comandancia de Santa Engracia, y organizado la defensa de este importante sitio, el más arriesgado y enérgicamente atacado por los franceses, el brigadier D. Antonio María Cuadros y Alonso, gobernador político y militar de Teruel, que con las fuerzas de su mando y trescientos voluntarios que pudo reunir, acudió espontáneamente á la defensa de Zaragoza.

El cañoneo comenzó al rayar el alba, y á las nueve de la mañana, destruidas nuestras baterías y abierta brecha, se aprestaron los sitiadores al asalto. Animados los de la ciudad por las exortaciones de su caudillo, volaban á los puntos amenazados, y entrándose en el monasterio sin temor á los peligros que pudieran correr dentro, esperaron á pié firme á los franceses.

Cuando vinieron con ellos á las manos se dió principio á una lucha desesperada, que duró algunas horas, en cuyo tiempo agresores y sitiadores apuraron todo el brio, toda la fortaleza de sus pechos, no dándose ventaja por ninguna de ambas partes.

Al fin ganaron los extranjeros la calle de Santa Engracia, y D. Antonio María Cuadros, después de mil hechos heroicos, quedó muerto gloriosamente en la memorable jornada de 4 de Agosto de 1808, al tiempo de poner por sí un saco de arena para formar batería, pérdida que hizo una impresión extraordinaria en todos los que conocían su pericia y su temerario valor.

El Sr. Ferrant presenta á D. Antonio María Cuadros montado en un caballo blanco y dando las órdenes oportunas para la defensa del sitio que le estaba encomendado. A la derecha hay un grupo de aragoneses que llevan en brazos á un infeliz herido, en tanto que una mujer del pueblo da de beber al muribundo: A la izquierda, un caballo herido cae al suelo, arrastrando en su caída al jinete, que es auxiliado por otro aragonés. El resto de la composición está formado por paisanos que combaten, heridos que se arrastran y muertos que yacen tendidos en el suelo. Las llamas y el humo del incendio, concluyen de dar carácter á la situación.

La composición de este cuadro deja bien poco que desear. Exceptuando el grupo de personajes que conduce al muribundo, y que por su posición y por el número de figuras que le forman, atrae demasiado la atención en perjuicio de la figura principal, nos parece perfectamente estudiada la distribución de los demás personajes.

El dibujo, si bien descuidado en algunas partes, es en general seguro y correcto. El aragonés que se aproxima á socorrer al jinete caído, es desproporcionado; el caballo sobre que cabalgaba este jinete, está todo él desdibujado, y son tanto más de extrañar estos defectos, cuanto que el Sr. Ferrant ha pasado siempre por ser un dibujante de primera fuerza.

En punto á colorido, el asunto es bastante más grave: tiene el caballo herido una línea de luz en el cuarto trasero, que nadie diría que es tal línea de luz si no fuera que el modelado la está pidiendo á voces; parece más bien que el animal chocó por aquel sitio en algun ángulo y dejó en él el pelo, produciendo así una rozadura de malísimo efecto. En general, todo el colorido es frío, en muchos sitios está mal ba-

tido, y el caballo del brigadier Cuadros, aunque muy bien dibujado, le falta modelado y vigor en las tintas. Los tonos son pobres y escasos en número; pero lo que más nos ha extrañado ver en el Sr. Ferrant respecto á color, son las velaturas, de que hace un uso y un abuso sorprendentes.

No negamos que las velaturas producen un efecto apetecido, y por consiguiente en nada desdican de la belleza de

Grabado núm. 1.



una composición; pero también no es ménos cierto que semejantes medios indican pobreza de paleta, falta de soltura en el pincel y ménos valentía en la ejecución. Figurarse á un artista cruzado de brazos pacientemente aguardando á que se seque lo que ha pintado para dar encima otros colores que han de producir otro efecto y han de modelar distinta cosa, es lo mismo que imaginárselo sujetando su inspiración y su genio

al tiempo mayor ó menor que tardan en secarse los colores. El artista, el verdadero artista, al meter un cuadro en tintas, lo hace sin marcarse, por decirlo así, un itinerario; tan pronto señala los pliegues de un ropaje como toca los cabellos de una cabeza, y si al hacer los piés de una figura se presenta á su imaginación el efecto de un incendio, no aguarda á tal ó cual momento para trasladar al lienzo lo que la inspiración

le ha sugerido, sino que inmediatamente mezcla el color y le extiende sin preocuparse de lo que ha de quedar detrás.

A pesar de todo, es un bonito cuadro «El primer sitio de Zaragoza,» pues no obstante su frialdad, es mucho mayor el número de sus bellezas que el de sus defectos, de los que algunos no pasan de ser simples lunares.

El otro cuadro del Sr. Ferrant, que representa á Hernan Perez del Pulgar, es en dibujo una prueba de lo que antes hemos dicho respecto á la fama del autor, y en colorido el extremo opuesto del sitio de Zaragoza.

Hernan Perez del Pulgar, acompañado de quince de sus más valerosos compañeros, partió un día de Alhama, camino de Granada, con el temerario designio de penetrar en la ciudad y ponerla fuego. Tomaron un haz de leña, y prosiguieron la vía de Granada sin ser vistos ni sentidos, hasta llegar al pié de los muros. Guiábalos un granadino moro converso, y bajo su direccion Hernan Perez, con sus intrépidos aventureros, saltó unas acequias, atravesó en el silencio de la noche las oscuras y desiertas calles, llegó á la puerta de la Mezquita, y clavó en ella con su puñal un pergamino con el lema «Ave María.»

Ya lo hemos dicho, este cuadro, á pesar de sus pequeñas dimensiones, es un modelo completo de correccion de dibujo; pero el color es todo lo chillón que puede ser. Un hachon solo basta para iluminar la escena, y de tal modo lo hace, que no parece sino que aquel hachon es toda una hoguera atroz. De aquí resulta que el contraste entre este efecto de luz y la oscuridad de la sombría calle que se abre á la derecha, es tan violento, tan forzado, que desentona y disgusta.

De la composicion nada decimos, porque es tan pobre y raquítico el asunto, que apenas si es posible con todo el poder del genio lograr hacer una que siquiera sea mediana. Bien es verdad que el mismo Sr. Ferrant parece dar á entender con los estrechos límites en que ha desenvuelto su idea, que comprende la poca importancia del asunto. De todos modos, no es posible desconocer que el Sr. Ferrant es un artista que vale y que con el tiempo valdrá mucho más.

Sigamos adelante, lector, y detengámonos ante los cuadros de D. Alejo Vera.

Un solo cuadro de historia presenta este señor y cinco de género. Por cierto que la «Comunion de los antiguos cristianos en las Catacumbas de Roma,» que es el cuadro de historia, y que parece el predilecto del Sr. Vera, es en nuestro concepto el peor, tanto por el dibujo como por el colorido. Además, el asunto es trivial tratándose de escenas históricas, porque no hay accion dramática, ni se ve claramente el significado de la composicion.

En cambio, el Sr. Vera ha presentado los otros cinco cuadros de género, que son todos á cual más preciosos, principalmente el titulado «Una señora pompeyana en el tocador.»

Representa este lienzo una jóven de mediana edad, sentada en un sillón, apoyados los piés en una banqueta y vestida con una especie de bata ligera, que deja al descubierto sus torneados brazos y señala las formas mórbidas y redondeadas de su cuerpo. En frente de ella se ve sentado un jóven, vestido á la pompeyana, y que con un lapiz en una mano y un papel en la otra, parece en disposicion de hacer el retrato de la dama. Ella sonrie, mientras una doncella le alcanza un espejo y otra saca de un cofrecillo los collares y alhajas que han de adornar á su señora. Completan el cuadro, una esclava negra que se retira por el fondo y una jóven que sale por la derecha con una cofaina y un jarro de plata.

Seguramente que no hay en toda la Exposicion, como pintura de género, un lienzo tan acabado, tan completo, tan lleno de vida y de gracia.

Despues de haber unido las figuras en una acertadísima composicion, de tal modo que basta verlas para adivinar en el instante cuanto el artista ha querido representar, hay en el asunto tal gracia, tal malicia, que encanta por la delicadeza de la ejecucion y por la verdad de los detalles.

Puede ser que haya algunos defectos de dibujo, por ejemplo, una de las piernas del jóven pompeyano; pero son tan pocos estos lunares y son tantas las bellezas de que está sembrado el cuadro, que no merece la pena que nos detengamos en ello.

La expresion de la fisonomía de la dama es todo lo graciosa é intencionada que puede ser, y su posicion está llena

de abandono é indolencia. La actitud del jóven parece estar indicando las palabras que la dirige en ella, y la jóven que saca las alhajas del cofrecito, sonrie de la manera más maliciosa y picaresca del mundo.

En una palabra, el lienzo de que nos ocupamos es una joya de arte, y no dudamos que el jurado premiará los trabajos del Sr. Vera.

«La señora de la antigua Roma dando de comer á unos pájaros,» es quizás más correcto en el dibujo; pero carece de la vida y animacion que prestan al anterior los bien estudiados reflejos del pavimento y los característicos colores de las paredes, que el Sr. Vera decora con un perfecto conocimiento del estilo pompeyano.

«La tienda de joyas en Pompeya,» decae mucho en el dibujo; pero conserva siempre la propiedad del decorado, la gracia é intencion de los tipos y la soltura de los pliegues en los trajes.

«El tocador pompeyano,» desdice del primero, no sólo en el dibujo, sino también en el colorido; y el que representa una madre que enseña á su hija á hilar, aunque guarda el carácter y la verdad de los tipos, está muy desdibujado y son ménos armónicas las tintas.

De todas maneras, podemos decir que el Sr. Vera es un artista en toda la extension de la palabra. La delicadeza con que compone todos los asuntos de sus obras es inimitable, y dispone las escenas de un modo tan claro y gracioso, que encantan y seducen.

F. LOPEZ ECHEGARRETA.

A MARÍA INMACULADA.

Al son del arpa ruda, mi voz arrojo al viento
de místico entusiasmo henchido el corazon;
brotar suave armonía enagenada sienta,
del manantial fecundo de sacra inspiracion.

La fe guia mi planta por ásperos caminos,
por sendas escarpadas, desnudas de verdor,
cubiertas de malezas, fecundas en espinos,
que á un mundo me conducen de mágico esplendor.

Donde celeste coro entonan las doncellas
que puras al Eterno se fueron á enlazar,
donde su luz derraman auríferas estrellas,
dó el ave no suspende su plácido cantar.

Donde María, brinda la bienaventuranza
de su esplendente trono bajo áureo pabellon;
donde la eterna gloria de su bondad se alcanza
la cándida alegría, la paz del corazon.

Hossana, Virgen Madre, tu espíritu divino
anima y enriquece mi busto terrenal,
trocearse miro en flores las zarzas del camino
á impulso de tu aliento purísimo, inmortal.

A tí los ojos vuelvo en mi continuo duelo,
que de la fe en mi alma radiante está la luz;
te admiro entre los ángeles, te adoro en este suelo,
por el dolor rendida ante la Santa Cruz.

Tú eres la santa égida, la casta protectora
del que en mar proceloso eleva su oracion;
eres la providencia angelical, Señora,
eres radiante faro, ¡oh Virgen de Sion!

Eres la reina excelsa, la Madre venturosa
de aquel que por salvarnos su vida en la Cruz dió,
tú eres del rey de reyes la virginal esposa,
la cándida azucena, rosal de Jérico.

A tu sagrada sombra se inflama el alma mia,
y elevo dulces cantos al pié de tu dosel,
se exhalan de mi lira torrentes de armonía,
que son del pensamiento el mensajero fiel.

A tí pura y sin mancha, á tus altares sólo,
las flores de mi ingenio te consagró mi ser;
y celebrar pretende del uno al otro polo,
tu nombre inmaculado la voz de una mujer.

La Baronesa de Wilson.



EL ULTIMO FIGURIN.

ADMIMISTRACION, PLAZA DE LA CEBADA, NÚM. 11.—MADRID.

HEMEROTECA MUNICIPAL
MADRID

9071

EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMERES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

El jóven inclinó la cabeza, y dijo con acento breve:

—Sí.

—Esa es la única desgracia que le hace á usted sufrir.

—Es verdad.

—Y esa desgracia se la ha buscado usted mismo.

—Yo!...

—Le ha dado usted valor á lo que no lo tiene, ha visto

usted lo que no existe, y ha dado usted por sucedido lo que es imposible que suceda.

—Te equivocas.

—Conozco á la mujer á quien usted ama.

—Es virtuosa, no lo niego; pero á pesar de su virtud, contra su misma voluntad...

—Cuidado con lo que dice usted,—interrumpió severamente el anciano.

—Convencido estoy de que María no olvidará jamás sus deberes.

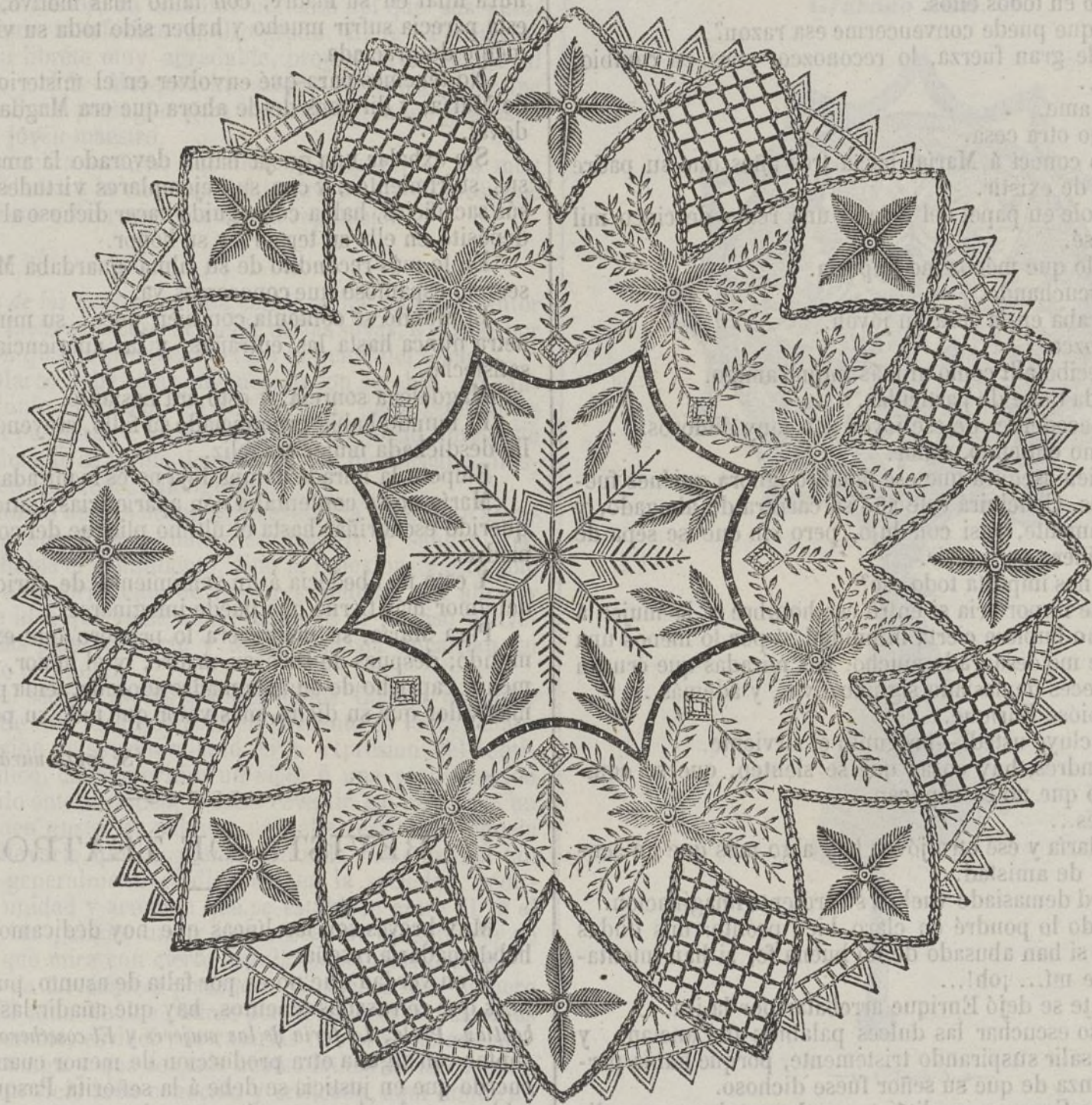
—¿No le concede usted más que esa virtud?

—¿Y qué más puede exigir?

—Supongamos que contra su voluntad se interesa más ó ménos su corazón por otro hombre.

—Para no ser perjura, lucha la infeliz, sufre tal vez más

Grabado num. 2.



que yo, y esto es una virtud; pero no basta para mi dicha, porque yo quiero que para mí sea toda la ternura de María, que sea para mí todo su corazón, absolutamente todo.

—Y lo es.

—La prueba, Andrés, la prueba,—replicó el jóven arrebatadamente,—dame la prueba, y me harás el hombre más dichoso del mundo; la prueba, y te deberé más que la vida.

—La prueba está en el mismo proceder de esa criatura angelical. Si ella comprendiese que no podía ser para usted todo su corazón, lo declararía con noble franqueza, porque antes que engañarle á usted preferiría la muerte.

—Y así sucederá; pero antes de adoptar tan grave resolución, lucha, como ya te he dicho, lucha con la esperanza de triunfar, y yo entre tanto... ¡Oh!... compadéceme, Andrés, compadéceme.

Enrique se puso en pie, recorriendo el aposento con desiguales pasos.

Su rostro estaba cubierto de nerviosa palidez.

Nunca había sido su mirada tan sombría.

Era imposible discutir si se colocaba la cuestion como lo hacia el desgraciado jóven.

El razonamiento del anciano no tenia réplica, pero en vez de aceptarlo Enrique para tranquilizarse, supuso que María luchaba para vencer la influencia de otra pasión, y que al fin declararía que no le había sido posible triunfar.

—¿No era esto empeñarse en sufrir?

El anciano sirviente exhaló un triste suspiro y fijó una mirada compasiva en el jóven.

—Se burlarán de mí,—murmuraba éste con reconcentrada voz,—destrozarán mi corazón; pero mi rival no ha de go-

zarse con su triunfo, no ha de verme representando el más triste papel. Si ella no tiene seguridad de sus sentimientos, ¿por qué juraba amarme como yo la amo? Y si ahora lucha, ignorando lo que ha de suceder, ¿por qué jura que me ama y me amará eternamente?

Largo rato pasó antes de que el joven pudiera dominar su arrebato.

Al fin, como si se hubiesen agotado sus fuerzas, volvió á dejarse caer en el sillón.

El anciano le contempló compasivamente, y diciendo:

—Puesto que hemos de decir cada cual con entera franqueza lo que siente...

—Sí, eso quiero.

—Discurriré usted como quien ha perdido la razón.

—Está herida mi dignidad.

—Me parece que no acabaremos de poner en claro este asunto. Hace muchos años conocí á esa familia, y he tenido pruebas para convencerme de que el sentimiento del deber es hereditario en todos ellos.

—¿Crees que puede convencerme esa razón?

—No es de gran fuerza, lo reconozco; pero en cambio, las de usted...

—Escúchame.

—No hago otra cosa.

—Cuando conocí á María, hacia tres años que su padre había dejado de existir.

—Dejándole en papel del Estado una renta de cinco mil duros, ya lo sé.

—Eso es lo que ménos me importa.

—Sigo escuchando.

—Ya entraba en la casa un joven.

—Lo conozco.

—Se le recibe allí como al más íntimo amigo.

—Eso nada tiene de particular.

—Los antecedentes de ese joven son muy dudosos.

—Ahora no entiendo, señor.

—Hay quien asegura que ese hombre ignora quiénes fueron sus padres. Concluirá este año su carrera de abogado, y vive decorosamente, casi con lujo, pero sin que se sepa de dónde saca dinero para vivir.

—¿Y qué nos importa todo eso?

—Nada me importaría si entre ese hombre y la mujer á quien adoro no hubiese cierta intimidad, ó por lo ménos una franqueza que me desagrade mucho. Las miradas que cruzan son algunas veces demasiado significativas, y además...

Interrumpióse Enrique.

—¿No concluye usted?—preguntó el sirviente.

—Buen Andrés, hay cosas que se sienten, que se comprenden; pero que no se explican.

—Entonces...

—Entre María y ese otro joven hay algo más que un sentimiento puro de amistad.

—Da usted demasiado vuelo á su ardiente imaginación.

—Pero todo lo pondré en claro bien pronto; mis dudas concluirán, y si han abusado de mi buena fe, si han intentado burlarse de mí... ¡oh!...

Nuevamente se dejó Enrique arrebatar por la ira.

Ya no quiso escuchar las dulces palabras del anciano, y éste tuvo que salir suspirando tristemente, porque había perdido la esperanza de que su señor fuese dichoso.

Enrique de Guevara meditó, trazando un plan para salir de dudas.

Diez minutos después creyó haber encontrado el medio que buscaba, y una sonrisa irónica se dibujó en sus labios.

Todo su plan consistía en sobornar á cualquiera de los criados de María para espiar á esta.

Algo de ruín tenía este medio; pero no debe olvidarse que Enrique estaba trastornado por los celos, y una criatura celosa es capaz de todo.

Con la esperanza de conocer la verdad desnuda, tranquilizóse y pidió el almuerzo.

¿Qué resultado debía producir su resolución?

Ya hemos dicho que los celos de Enrique no estaban completamente desprovistos de fundamento, y sobre este punto debemos dar algunas explicaciones, ó más bien las darán los mismos personajes que tienen destinado un papel en este drama.

Dejaremos á nuestro joven almorzando y disponiéndose á salir, y entre tanto nos trasladaremos á la vivienda de la mujer amada, donde hemos de presenciar más de una escena de interés, y donde esperamos encontrar personajes que ya nos son conocidos.

CAPÍTULO II.

Otra vez Magdalena.

Diríase que una fatalidad horrible pesaba sobre los dos infelices enamorados que ocupan nuestra atención.

Las circunstancias de María las conocemos ya, y sólo nos falta hacer su retrato.

Tenia la joven diez y nueve años, estaba dotada de una belleza nada común, y como si el Omnipotente hubiera querido presentar en la joven un tipo de perfección, sus sentimientos eran mucho más bellos quizá que su hechicero rostro.

Cuando perdió á su padre, concentró María toda su ternura filial en su madre, con tanto más motivo, cuanto que esta parecía sufrir mucho y haber sido toda su vida horriblemente desgraciada.

No tenemos para qué envolver en el misterio á la madre de María, y diremos desde ahora que era Magdalena de Sandoval.

Sin exhalar una queja había devorado la amarga hiel de sus sufrimientos, y con sus ejemplares virtudes, su amor y sus sacrificios, había conseguido hacer dichoso al hombre que depositó en ella su ternura y su honor.

En lo más recóndito de su alma guardaba Magdalena el secreto espantoso que conocemos ya.

El mundo se contenta con bien poco: su mirada no penetra nunca hasta las entrañas, y las apariencias le habían satisfecho.

Magdalena sonreía, y esto era bastante.

El mundo había pronunciado su fallo, creyendo que aquella desdichada mujer era feliz.

Empero la mirada de una hija no es la mirada del mundo.

María no se contentaba con apariencias, sino que había querido escudriñar hasta el último pliegue del corazón de su madre.

Y esto no obedecía á un sentimiento de curiosidad, sino del amor más tierno que puede imaginarse.

Para María, su madre era lo primero que existía en el mundo; después de Dios su madre, y el honor, la dicha, el menor capricho de aquella madre adorada, tenía para la joven más valor que su dicha, más valor que todo su porvenir.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

Muy breves son las líneas que hoy dedicamos á nuestra hebdomadaria reseña.

Y en verdad que no es por falta de asunto, pues á las críticas que retrasadas tenemos, hay que añadir las de *Don Sebastian*, *Perta*, *La feria de las mujeres* y *El cosechero riojano*, sin contar con alguna otra producción de menor cuantía, y el recuerdo que en justicia se debe á la señorita Pasquali, inimitable en todos los caracteres que interpreta, y que últimamente ha arrebatado al escogido y numeroso público que la admira en *El pilluelo de París*.

Pero el espacio es corto, y hemos de contentarnos con las indicaciones vagas é incolores, justamente cuando mayor es nuestro deseo de expansión.

Conocido debe ser ya de nuestras lindas lectoras el asunto del *Don Sebastian*, y por lo tanto sería ocioso detenernos demasiado en él.

Don Sebastian, rey de Portugal, prepara una expedición contra África; pero antes de marchar, salva del patíbulo á una joven y hermosa africana llamada Zaida, que ha sido condenada por la superstición religiosa de su tiempo.

El rey parte con su ejército, y es derrotado por los moros en una sangrienta batalla, donde se cree que ha perecido;

pero no ha sido así. Salvado por el valor y la abnegación de Zaida, vuelve á Portugal para recuperar la corona que ha perdido su tío don Antonio. Dáse á conocer, y es acusado de impostura. Zaida aparece nuevamente en escena para destruir la acusación y revelar cómo ella ha salvado la vida al verdadero rey; pero reconocida por aquella hechicera que se salvó del patíbulo, es recusado su testimonio y condenada con Don Sebastian á perecer en las llamas de la hoguera inquisitorial; pero este suplicio no se verifica, porque los asesinan al realizar un proyecto de evasión.

El papel que desempeña en *Don Sebastian* el célebre Camoens, la magia de la pluma de Scribe, autor del libro, y las ya suaves, ya enérgicas inspiraciones de Donizetti, cautivan en *Don Sebastian*, cuya *mise en scene* ha sido admirable.

Su interpretación no ha satisfecho completamente.

* *

La zarzuela en un acto titulada *Perla*, y estrenada en el teatro de Jovellanos, ha obtenido un éxito del que sus autores deben estar satisfechos en alto grado. El Sr. Fernandez ha hecho un libreto muy agradable, propio para inspirar al compositor, y el Sr. Marqués ha sabido realizarlo con una música, que hace presagiar para lo futuro grandes glorias al inspirado y joven maestro.

Esta zarzuelita será, no dudamos en asegurarlo, de muy buenas utilidades á la empresa del teatro de Jovellanos, que con ella parece volver por su antigua reputación.

* *

La feria de las mujeres es una comedia del reputado autor de *El sol de invierno*, acaso la mejor de las suyas, á juzgar por la impresión que ha producido entre la gente del oficio.

El Sr. Marco debe estar envanecido con su obra, no tanto por el triunfo alcanzado en su estreno, pues semejantes triunfos son pasajeros á veces, como por el juicio entusiasta que generalmente se forma de ella, ya en los círculos ilustrados, ya en los menos inteligentes.

Los aplausos de una noche sólo revelan la impresión agradable del momento; pero cuando se discurre á sangre fría, cuando no habla el sentimiento, sino la reflexión, y este sólo conduce al descubrimiento de mayores bellezas y á afirmar la favorable idea que ya se tiene, entonces es preciso convenir en que las galas del arte y de la fantasía encarnan un pensamiento profundo.

Este es el secreto de los grandes éxitos. Cuando un autor se apodera de una idea que está en la mente de todos, cuando la expresión de su sentimiento es la expresión del sentimiento público, cuando critica un vicio ó una preocupación que el mundo entero critica, y sabe revestir su idea con un ropaje de buen gusto, el público no sabe resistirle; síguete por donde llevarle quiere, y encantado de oír expresar tan bien lo que generalmente se dice mal en la sociedad, seducido por la unidad y armonía que se establece entre él y el autor, bate las palmas una y cien veces, no cansándose de aplaudir lo que mira con cierto orgullo como cosa propia.

La feria de las mujeres pertenece á este escaso número de obras. El afán de los padres por establecer á sus hijas convenientemente, es decir, de casarlas con el novio que mayor fortuna tenga y que sea más acomodaticio en la cuestión de dote, es un vicio bien conocido y criticado, aquí donde no vivimos en las felices repúblicas que casaban á las bellas sin dote, sirviéndose del dinero de estas para casar á las que la naturaleza había favorecido poco. Este vicio, que tiene muchas fases, se presta admirablemente á la escena, y el Sr. Marco ha presentado algunas con singular acierto.

La idea no es nueva en el teatro: justamente recordamos ahora una obra del malogrado Ernest Capendu, titulada *Les faux bonshommes*, en la que se presenta como uno de sus principales recursos, dando lugar á muy graciosas situaciones, y es posible que el Sr. Marco las conozca y aun que le hayan servido de algo; pero esto no quita su mérito á *La feria de las mujeres*, que con más tiempo y espacio examinaremos.

* *

El cosechero riojano, que nos ha dado el salón Eslava, no es ni con mucho lo que se anunció, si bien abunda en pensa-

mientos notables y está versificada con gran maestría, siendo muy aplaudidos algunos de sus rasgos. Aunque no la hemos visto sino á medias, parécenos que su argumento consiste en que *El cosechero* niega la mano de su hija á un joven que está enamorado de ella, fundándose en el desagrado que le causan sus exageradas ideas, especialmente en política. El joven, desesperado, va á tomar una resolución poco cuerda, de la que le apartan el amor y los consejos de una madre, llegándose á un desenlace satisfactorio.

Sentimos tener que apuntar que las ideas políticas parecen como que se despegan de la obra, y que se nota en toda ella un gran desaliño; pero el efecto del conjunto de la obra es bueno, y se aplaude diariamente.

Felicitamos al novel autor que se presenta bajo tan buenos auspicios.

El Marqués de San Eloy.

Grabado núm. 3.



EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO

(De la edición de lujo).

Sombreros y adornos.

1.º Sombrero de terciopelo granate, bastante elevado, y adornado con una franja de terciopelo azul, que rodea el casco, adornado con pluma azul y dos caídas de cinta del mismo color: nada más gracioso que este modelo.

2.º Sombrero *Watteau*, de terciopelo negro, con báculo plegado, el ala levantada y adornada con flores; bridas de terciopelo.

3.º Sombrero blanco, de terciopelo real, con el ala levantada y adornada con un drapeado de terciopelo malva y encaje negro; el casco muy elevado, y rodeado con terciopelo malva; caída de encaje, bridas blancas y malva.

4.º Casaca de sociedad: es de muselina, adornada con guarniciones festoneadas; una cinta ancha rodea el gabancito, y termina en cada lado con un gran lazo; mangas semilargas con tablas anchas, forradas con faya rosa y festoneadas.

5.º Camisolin de muselina, adornado con terciopelo negro; puño igual.

6.º Camisolin adornado con encaje y terciopelo; manga haciendo juego.

7.º Cofia de encaje negro, adornada con cintas y flores.

8.º Cuello con solapas, adornado con encaje.

9.º Cofia de encaje blanco, adornado con cintas, flores y caidas.

EXPLICACION DEL FIGURIN EN NEGRO

(De la edicion económica).

1.º Traje de terciopelo inglés color pan tostado: la primera falda adornada con un ancho volante fruncido, con un fleco al borde, y en la cabecilla un bies.

Segunda falda drapeada con puff.

Corpiño con aldetas cuadradas por delante, formando dos tablas: un fleco figura la pelerina, y adorna por delante las aldetas; manga estrecha, guarnecida con un bies y fleco.

Sombrero de castor negro, alto de copa, con caidas de terciopelo.

2.º Traje de calle, de paño color de aceituna: una greca bordada sobre el paño adorna la falda, que es rasante; el bordado sube por el delantero.

El corpiño-túnica cae recto por delante, y forma dos aldetas cuadradas por delante, y por detrás figura la segunda falda.

La pelerina es un modelo original como todo el traje.

Sombrero de terciopelo color de aceituna, adornado con flores y lazos.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 1.

1.º Vestido para baile de seda, blanco, adornada la falda con un volante á tablas; la cabecilla la forma un entredós negro sobre glasé blanco ondeado; túnica de seda, corta por delante y con puff por detrás, adornada tambien con volante de organdi y entredós; el corpiño tiene escote cuadrado y graciosa forma; cordones con borlas adornan el corpiño; manga corta.

2.º Vestido de gro verde, adornado con terciopelo. Falda de cola, adornada con dos bieses de terciopelo verde oscuro; dos grandes caidas de terciopelo bordadas con soutache, caen por el lado izquierdo; corpiño con escote cuadrado, con aldetas adornadas con terciopelo y fleco; mangas Luis XV, abiertas hasta el codo y cogidas con un lazo de terciopelo; cuello *Médicis*; mangas de encaje; adorno de encaje blanco con lazo de terciopelo.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 2.

Abanico pantalla para chimenea. El armazon es de bronce cincelado, y el fondo de cachemir punzó, bordado con sedas de colores: los rayos de la estrella están formados con hilo de oro. (Véase el número 7.º, seccion de labores).

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 3.

Abanico pantalla armado. (Véase el número 7.º)

VARIEDADES.

Moisés Millaud ha muerto, y entre las varias anécdotas que revelan su carácter original, y sobre todo simpático, hay una concerniente al ilustre poeta Lamartine.

Hubo un tiempo en qué el autor de *Graciela* usaba un sombrero bastante deteriorado, tanto que habia perdido el pelo, y en los bordes se veian algunos hilachos, que acusaban su mal estado.

Millaud no sabia cómo arreglarse para ofrecer un sombrero á Lamartine, y aquel problema le preocupaba bastante.

Un día el inspirado poeta se presentó en el gabinete de Millaud, dejando sobre una silla del mismo el objeto que tanto llamaba su atencion.

Después de estrecharse la mano cordialmente, tomaron asiento; pero con intencionada idea se dejó caer Millaud sobre el asiento en donde estaba el malhadado sombrero.

—Cuidado, amigo mio,—exclamó Lamartine,—¿qué haceis?

—¡Ah! queridísimo poeta, dispensadme.. no hay más, está hecho una tortilla: Juan, Juan,—gritó,—pronto... al momento... vete en casa de Pinaud... que te dé un sombrero para el señor de Lamartine... llévate ese para la medida.

Así se hizo: Lamartine salió de allí con un sombrero nuevo, y Millaud se reia siempre que recordaba su astuta invencion.

CANTAR.

En casa de un pobre nunca

nadie quiso penetrar,

hoy que el pobre está muriéndose

Dios á visitarlo va.

El proscrito del Almeydares.

MÁXIMAS.

I.

Compadece al que tiene un placer en murmurar, porque su misma perversidad le hace odioso.

II.

No te jactés ni de bondad ni de tener talento, pues desde luego perderás todo el mérito.

GEROGLÍFICO.



ADVERTENCIA.

Con motivo de la proximidad de fin de año, y de los numerosos encargos que nos hacen, tanto de provincias cuanto de Ultramar, suplicamos á las señoras suscriptoras remitan, aunque sea aproximadamente, el importe de ellos al solicitarlos, rogando á las señoras, que toda carta que contenga valores, sea en sellos ó en libranza, se sirvan certificarla por extraviarse con frecuencia.

MADRID: 1871.—Imp. de Santos Larxé, Rio, 24.